



Penélope

Mientras se lavaba la cara de un pronto retorno, y él no quiso saber más de ella antes a pero ella permaneció en la esquina cuál era su apellido, ni su teléfono, ni tan siquiera el donde vivía. Arregló su cabello, pantalón azul sucio raído, pertenencias en su mochila y despedida. Ernesto no la dejó: andes momentos románticos acompañaría a la estación. Al la llovizna de la noche.

abrazos y besos apasionados; ella de mandar una postal de ra hasta el día de su retorno a romesa de él de ser su Penélope de aparentar dedicarse a sus mientras en realidad se dedi- ren a Berlin llamó por última Nicola lo abordó y él intentó s rostros de emociones dispa- o lo encontró. Mientras el tren acción. Ernesto tembló ante la agen de los dos lunares que endo juntos en el seno izquier-

crudos, implacables, días y Nicola. Era febrero, y Ernesto intercambio en la universidad etornar a Bolivia; pero ¿retor- ha no retornaba ella? Tenía la tria. Bolivia se había esfumado u vida, así como se habían sus amigos, la misma universi- ón de asistir a clases, de salir de las calles siempre ajetrea- gres y bulliciosos. Lo suyo era , pero no podía hacer nada por una de esas salidas regresaba encuentro? Mejor quedarse en mpapelado barato y una radio laban un holandés que le era umo escaparse hacia el super- a o hacia el buzón del correo sas en su constancia, postales señaban que aunque una ciu- te, un fotógrafo de clase podía en el reverso nada más que su n escritas en letra infantil, ni la, ni siquiera un saludo de e de ocasión, maldita sea mil y nojarse con ella? Después de prometido escribir sino enviar

Mayo llegó pero ella no. Las ciudades, que habían elaborado un abanico desde Alemania a España en el mapa en que Ernesto trazaba su trayectoria, se habían tornado africanas por ese entonces. Ernesto, que había perdido el año en la universidad, logró con descaradas mentiras que la generosidad de sus padres se convierta en estupidez y fue obsequiado con el financiamiento de un supuesto viaje cultural por Europa. Con ese dinero, y con el que obtuvo vendiendo muebles y utensilios de su departamento hasta quedarse nada más que con un colchón en una esquina de su dormitorio y una lámpara de noche, pensó que le alcanzaría para subsistir hasta diciembre. Ya en esos días tenía la barba crecida y solía pasar horas enteras tirado en el parkett mirando al techo del living; lloraba seguido, farfullaba himnos militares aprendidos en su adolescencia, y en las noches tenía el sueño recurrente de que ella había muerto en el descarrilamiento de un tren. Un día un amigo peruano lo visitó de sorpresa y lo encontró desnudo, masturbándose; Ernesto lo miró con los ojos vacuos, incapaz de reconocerlo, y el peruano se fue y no volvió más.

En noviembre retornó la esperanza, cuando las primeras postales del sur de Italia empezaron a llegar. Ella emprendía el retorno, ella pronto estaría por aquí. Sin poder contener la euforia, fue trazando en el mapa las líneas que le indicaban esas imágenes rectangulares que simulaban la realidad con desenfadado artificio: Napoli, Roma, Firenze, Venecia, Viena, Munich, Heidelberg, Ámsterdam, y el primer lunes de diciembre, Bruselas. ¡Bruselas! A sólo cuarenta minutos de Amberes... Con la seguridad de que ella llegaría esa semana, ese día él se afeitó, compró un barato vino blanco, y barrió el polvo interminable y las ubicuas pelusas que creaban zonas animales en el departamento. Antes de dormir pensó que no había cumplido con la promesa que le había hecho a Nicola en la estación, de aparentar dedicarse al presente mientras se dedicaba a esperarla. No había aparentado nada, se había descolgado del tiempo y del espacio por casi todo un año. Las cosas que uno hace por amor, fue la última frase que dijo con orgullo antes de caer en el sueño.

El martes nada sucedió

El miércoles, Ernesto recibió una postal de Amberes. ¡Ella estaba en la ciudad! Presa de la excitación, su primer impulso fue tratar de descifrar el matasellos de tinta desvaída y correr hacia ese lugar, pero sus esfuerzos fracasaron. No le quedaba más que esperar. Se dedicó a caminar con frenesí de un lado a otro del departamento

mientras el sudor humedecía su cuerpo y su ropa. Al más mínimo ruido en el pasillo afuera de la habitación, corría hacia la puerta y la abría con fuerza. Nada. La noche llegó sin rastros de Nicola.

El jueves, la tensión le hizo pensar repetidas veces en el suicidio. Pero decidió esperar.

El viernes, vació la botella de vino y vomitó al medio día y al atardecer.

El sábado, alrededor de las once de la mañana, Ernesto recibió una postal de París y repentinamente comprendió todo. Comprendió que ella seguiría su viaje por el resto de su vida porque ése, no el de Ulises, era su destino. Comprendió que Amberes jamás había sido la nueva Itaca, tan sólo un punto más de su itinerario azaroso. Comprendió que él jamás había oficiado de Penélope, que su rol había sido tan sólo el de magnífico imbécil engañado por el amor. Arrojó la postal al suelo, y bajo un pálido sol fue a caminar sin rumbo por las calles de la ciudad. Pensó que ya era hora de retornar a Bolivia. Se sintió en paz: la decepción había llegado, pero también la lucidez.

Pero apenas se encontró nuevamente en su departamento, a la hora del crepúsculo, la imagen de Nicola volvió a él con fuerza, y tratando de contener las lágrimas tuvo miedo del futuro.

